

von
FRANK SCHWIEGER

YO, CÉSAR, Y LA PANDILLA DEL CAPITOLIO

En directo desde
la antigua Roma

Con ilustraciones de
Ramona Wultschner

Traducción del alemán:
Javier Alonso

la esfera  de los libros

PREFACIO

Estar aquí en el inframundo puede ser bastante aburrido. No hay batallas que pueda librar. Es verdad que mi egipcia favorita está aquí, pero, lamentablemente, también está mi última esposa, Calpurnia, así que no puedo encontrarme con Cleo muy a menudo, de lo contrario tendré serios problemas.

Por eso, a veces me pongo de muy mal humor. Y mucho más, cuando escucho lo que la gente de vuestro tiempo dice sobre nosotros, los romanos. Muchos parecen no saber nada en absoluto y, si saben algo, es un total disparate: «Hubo una vez alguien así que se llamaba César. La mayor parte del tiempo les atacaron los galos. Y luego siguieron hablando en latín». No se les ocurre nada más.

¡Por todos los dioses, la corona de laurel se me cae de mi cabeza calva! Esto no puede seguir así, pensé un día. Tengo que cambiar esto. Ya he hecho cosas completamente diferentes, por ejemplo, primero conquisté la Galia y luego a Cleopatra, más tarde goberné el Imperio Romano e incluso ¡le pusieron mi nombre a un mes! Así que reuní a un par de romanos y les ordené (¡soy muy bueno mandando!) que escribieran sus historias. En latín, por supuesto. Plutón, el dios del inframundo, nos consiguió las tablillas para escribir. Estaba muy feliz de que tuviéramos algo interesante que hacer y de que ya no fuéramos de aquí para allá con rostro sombrío. Después, Mercurio, el mensajero de los dioses, nos trajo las tablillas.

Si estás leyendo estas líneas, mi plan ha funcionado. Alguien encontró las tablillas y las tradujo. En agradecimiento, ofrece un toro gordo a los dioses cuando tengas uno a mano. O una bolsa de ositos de goma. Porque eres uno de los afortunados en conocer de PRIMERA MANO qué sucedió en la antigua Roma.

Gaius Julius Caesar

ÍNDICE

RÓMULO

el fundador
de la ciudad



P.9

ESCEVOLA

el héroe manco



P.33

HERSILIA

la artesana
pacífica



P.21

ACRISIO

el susurrador
de gansos



P.45

SULPKIA

una ratita de
biblioteca curiosa



P.145

PÓLIDO

el campeón rojo



P.133

SERVIO

el talento escalador



P.157



P.59

CÉSAR
el terror
de los piratas



62 a. C.

LICINIA
la vestal virtuosa

P.71

P.83

CLEOPATRA
la alfombra
con sorpresa

48 a. C.



P.115

TALÍA
la esclava en
misión secreta

6 a. C.



P.95

MIRINA
la esclava con
buen oído

44 a. C.



P.173

CLAUDIA
la valiente chica
de Pompeya

79 d. C.



P.185

PRISCO
el poderoso
gladiador

80 a. C.





ESTE SOY YO



← **RÓMULO**

el fundador
de la
ciudad



MI **FAMILIA** ES ÚNICA PORQUE

Mi padre es un **AUTÉNTICO** dios, **MARTE**, el dios de la guerra. Mi hermano **REMO** y yo hemos heredado de él nuestro carácter. Además, tenemos 3 madres: nuestra auténtica mamá, **Rea Silvia**, que se convirtió en sacerdotisa contra su voluntad; nuestra famosa mamá **Loba**, y nuestra madrastra **AC@**, la esposa de un humilde pastor.



MI LUGAR **FAVORITO** ES

El **Palatino**, que es una de las siete colinas sobre las que se construyó **Roma**. ¡Y lo hice **YO!**

Ese
de ahí



DE ESO ESTOY REALMENTE **ORGULLOSO**

De haber fundado *Roma*. Y de que esta magnífica ciudad no solo lleve mi nombre, sino que casi 3.000 años después de su fundación sea conocida en todo el mundo, y de ese modo, también *mi nombre*.

ESTO ME RESULTA BASTANTE **PENOSO**

Mi mal *genio*. Cuando me ocurre, simplemente no puedo controlarme. Y eso puede tener consecuencias **MUY, MUY MALAS**.



ESTO ES LO QUE MÁS ME **GUSTA**

Gastar bromas a mi hermano Remo. Ese era mi pasatiempo preferido cuando estábamos vivos, y me sigue divirtiendo igual ahora en el *inframundo*.





ESTA ES MI HISTORIA

Quiero hablarte de mí y de mi hermano Remo. De las muchas aventuras que hemos vivido juntos y de nuestras eternas discusiones que finalmente nos llevaron a... Pero bueno, vamos por orden.

Cuando apenas teníamos unos pocos días de vida, nuestro tío abuelo, el malvado rey Amulio, ordenó que nos arrojaran al río Tíber. Tal vez por eso Remo y yo tenemos ese carácter tan irritable y colérico. No sé, desde luego no fue un buen comienzo de una vida.

¿Por qué el rey quería deshacerse de nosotros? Porque temía que algún día pudiéramos disputarle su trono. Y es que no era el gobernante legítimo de Alba Longa, que era el nombre de la pequeña ciudad en la que gobernaba. Igual que ocurría entre Remo y yo, Amulio y su hermano, nuestro querido abuelo Numitor, no eran exactamente los mejores amigos. Y así, con la ayuda de algunos conspiradores que aspiraban a usurpar el poder, había echado a Numitor, el verdadero rey, fuera de la ciudad.

El abuelo Numitor fue arrastrado hasta una granja en algún lugar del país. Amulio le dio a elegir: morir como rey o vivir como un simple granjero. Numitor comprendió la amenaza y tomó la sabia elección, como corresponde a un abuelo, de vivir en el campo. Su hermano menor se rio con disimulo y se asentó cómodamente en el trono de Alba Longa. A continuación se ocupó de Rea Silvia, la hija de Numitor, asegurándose de que no pudiera tener hijos: le ordenó que se convirtiera en sacerdotisa, y como sacerdotisa, no se le permitía fijarse en ningún hombre, y mucho menos casarse y tener hijos. Si lo hacía, ¡podría enfrentarse al peor de todos los castigos! Sin

embargo, un buen día, Rea Silvia fue a dar un paseo que cambiaría su vida...

Iba caminando sola por la orilla de un pequeño lago, donde, por casualidad, el dios de la guerra, Marte, descansaba recuperándose de una de sus innumerables aventuras guerreras. Marte vio a la joven sacerdotisa y al instante se enamoró de ella. Los dioses no suelen dudar mucho cuando ponen sus ojos en una mortal hermosa. ¡Zas! Al instante Rea Silvia estaba embarazada, y nada menos que de gemelos. A Marte no le importó que su última conquista se enfrentara ahora a los mayores problemas. Siguió adelante; siempre había en algún lugar una guerra de la que ocuparse. Sin embargo, Rea Silvia pronto se dio cuenta de que estaba embarazada y temió por su vida. ¡Ya le había advertido su malvado tío Amulio!

Al principio pudo ocultar su embarazo con amplias túnicas. Durante los últimos dos o tres meses, Rea Silvia se retiró por completo al interior del templo para que Amulio no la viera. Y luego, llegó el momento: se puso de parto y poco después fue madre de dos bebés muy espabilados. Se sentía una madre absolutamente infeliz, porque había dado a luz a dos niños sanos y felices, pero al mismo tiempo sabía que estarían en gran peligro si los descubría su tío.

Por supuesto, dos bebés llorando en el templo no podían mantenerse en secreto durante mucho tiempo. A los pocos días, la noticia había llegado al rey. Estaba tan enfadado que echaba espumarajos por la boca. Primero, ordenó que sacaran a nuestra madre del templo y la arrojaran al Tíber. Sin duda se habría ahogado si Tiberino, el dios del río, no hubiera contemplado el espantoso espectáculo. Salvó a nuestra madre y fue el segundo dios que se enamoró de ella. Así que le concedió la inmortalidad y la convirtió en su esposa.



Genial, ¿no? Por supuesto, Amulio no se enteró de todo aquello, y creyó que su sobrina había perecido en las corrientes del río.

Por último, Amulio quiso deshacerse de Remo y de mí (dos adorables bebés, ¡imagínatelo!), y ordenó a un esclavo que nos arrojara también al río. Por suerte, se trataba de un tipo decente y se apiadó de nosotros. No nos arrojó al río como había ordenado el rey, sino que nos metió en una canasta y la depositó con mucho cuidado en el agua. De ese modo pudo decirle a Amulio: «Por supuesto que los arrojé al río, e inmediatamente después los perdí de vista». En realidad, no era mentira. Pero esperaba que llegáramos flotando a algún lugar donde gente amable nos cuidara.

Sin embargo, al principio no fue una persona quien nos acogió. Fue una loba que encontró la canasta en la orilla y se la llevó a su guarida. Nuestro padre Marte había enviado a esta loba y le había ordenado que nos acogiera, ¡y, por supuesto, que no nos comiera! Porque se había enterado de todo el asunto y había decidido protegernos. Al menos en esa ocasión se ocupó de nosotros...

La loba nos dio su leche y nos cuidó tan bien como a sus propios cachorros. Pero, después de unas semanas, un pastor llamado Fáustulo nos encontró. Pasaba por allí por casualidad, escuchó nuestros balbuceos y para su sorpresa descubrió que entre los lobeznos gateaban tan contentos dos bebés humanos. Por suerte para él, ¡nuestra madre loba no estaba allí! Fáustulo nos llevó a su cabaña y nos mostró a su esposa Aca, que se quedó encantada, porque ella y Fáustulo llevaban mucho tiempo deseando tener hijos propios, pero no podían tenerlos. Así pues, nos adoptaron sin saber quiénes éramos.

Crecimos como pastores ayudando a nuestro padrastro a criar sus ovejas. Nos pasábamos el tiempo a la greña, discutiendo y pe-

leándonos casi todos los días. De vez en cuando, incluso salían a relucir los puños. Cuando no estábamos peleando, cuidábamos las ovejas o paseábamos con nuestros amigos por los alrededores. Probablemente, de no haber sido por mi irascibilidad y mi carácter camorrista, habría envejecido y muerto como un insignificante pastor, y pronto habría sido olvidado. Sin embargo, siendo Remo y yo todavía jóvenes, hubo un día en el que, como excepción, no nos buscábamos las cosquillas entre nosotros, sino que peleamos con otros dos pastores que habíamos encontrado en un prado. Los insultos volaron de un lado a otro y rápidamente estalló una violenta pelea, en la que, naturalmente, vencimos Remo y yo. Teníamos mucha práctica...

Habíamos golpeado a los otros dos pastores, y finalmente se fueron con incontables moratones y unos cuantos dientes de menos. Poco sabíamos Remo y yo que esta pelea cambiaría nuestras vidas por completo.

Unos días después, los dos hombres a los que habíamos golpeado nos tendieron una emboscada. Habían traído refuerzos con ellos, y esa vez no tuvimos ninguna posibilidad. Yo pude dejar fuera de combate a dos tipos, pero luego otros tres me inmovilizaron y tuve que ver cómo otros chicos agarraban a Remo y se lo llevaban.

Llevaron a Remo ante su amo, porque querían que él decidiera sobre el castigo que merecía. Pero cuando mi hermano estuvo frente al anciano, este observó que Remo tenía casi la misma nariz que la suya. Los ojos, el mentón y el cabello también eran asombrosamente similares... El jefe de aquella banda de matones no podía creerlo: ¿por qué este joven, al que sus esclavos habían arrastrado hasta allí, se parecía a él como dos gotas de agua? Le preguntó a Remo de dónde venía. Después de darle unas cuantas vueltas al



asunto, poco a poco quedó claro para ambos que el anciano no era otro que el hermano depuesto del rey Amulio. ¿Lo entiendes? ¡Era nuestro abuelo!

Al final, Remo y Numitor se abrazaron, lloraron y rieron. Inmediatamente después se dirigieron a nuestra pequeña cabaña de pastores. ¡Qué gran alegría! Por fin sabíamos de dónde veníamos. Fáustulo y Aca también estaban felices. Nunca nos habían ocultado el hecho de que éramos adoptados y sin embargo, o tal vez precisamente por eso, nos habían criado con todo su amor.

Entonces decidimos hacer rey de nuevo a nuestro abuelo Numitor. Para esto, por supuesto, había que eliminar a Amulio. No quiero aburrirlos con los detalles desagradables de esta historia. Se nos ocurrió un buen plan, tendimos una emboscada a Amulio y... bueno, ya te he dicho que puedo tener muy mal genio. Además, había aprendido a manejarme con cuchillos bien afilados. Esto es inevitable cuando tienes que sacrificar una oveja de vez en cuando. En cualquier caso, el malvado rey Amulio pronto pasó a la historia, y nuestro abuelo Numitor pudo volver a ascender a su trono.

Después de aquel éxito, Remo y yo decidimos fundar nuestra propia ciudad. ¡Exactamente en el lugar donde el Tíber había depositado nuestra canasta en tierra! Allí había una colina que la gente local llamaba Palatino. Reunimos a algunos hombres, pastores y granjeros y les contamos nuestro plan. Estaban entusiasmados y quisieron construir con nosotros esa nueva ciudad.

Pero antes teníamos que resolver un problema: ¿quién debería ser el rey de esta ciudad, quién debería darle su nombre? ¿Remo o yo? Por supuesto, no queríamos compartir, y ni siquiera pudimos llegar a un acuerdo, como ya habrás imaginado. Y si los demás hombres

no llegan a intervenir, hubiéramos acabado pelándonos de nuevo. Al final se nos ocurrió la idea de dejar que los dioses decidieran. Y ambos hicimos el juramento sagrado de que aceptaríamos su juicio. Luego, cada uno de nosotros se puso en lo alto de una colina diferente y observamos el vuelo de los pájaros. Los romanos llamamos a esto *auspicio*: creemos que los dioses pueden revelar el futuro a los humanos por medio del vuelo de los pájaros. Un poco loco, ¿verdad? Pero así fue. Remo fue el primero en ver seis águilas y poco después yo vi doce. Bajamos de las colinas y nos peleamos de nuevo.

«Yo he sido el primero en ver seis pájaros», dijo Remo. «Esa es una clara señal. La ciudad debería llevar mi nombre. La llamaré Rema».

«Pero yo he visto doce», le grité a mi hermano mientras sentía cómo la sangre caliente corría por mis venas. «El doble. Con eso, los dioses me han elegido. Debería llamarse Roma. ¿Qué opináis vosotros, muchachos?».

La mayoría de los hombres se encogió de hombros. Algunos asintieron con la cabeza, otros refunfuñaron. Eso decidió el asunto. Al menos para mí.

Remo apretó los puños. «¡Yo he visto las águilas primero!», gruñó.

Me hubiera gustado restregarle un pájaro por la cara, pero pude contenerme. «¡Vamos, hombres!», grité. «Vamos a construir un muro, un muro alrededor de MI ciudad».

Me hice con un arado y un buey y tracé un surco que marcaría la frontera de la nueva ciudad. Durante los días siguientes, conseguimos piedras y argamasa y comenzamos a construir. El trabajo se retrasaba, el muro crecía muy lentamente, teníamos muy poco



material de construcción, había muy pocos hombres. Y entonces ocurrió.

Remo se había tragado su decepción todo el tiempo, pero aquella noche estalló.

«Vamos a ver para qué sirve este ridículo muro», gritó de repente y saltó a mi lado por encima de la pared que le llegaba a la altura de la rodilla.

«¡No sirve para nada!», exclamó triunfalmente mientras me sonreía con malicia. «¿Qué clase de ridícula muralla es esta? Cualquier idiota puede saltar por encima de ella».

En aquel momento me puse totalmente rojo. Cogí una piedra que había en el suelo frente a mí y se la arrojé a Remo. Alcancé a mi hermano en la frente. Se derrumbó y murió al instante.

«¡Esto es lo que le ocurrirá a cualquiera», grité enloquecido, «que se atreva a saltar la muralla de mi ciudad!».

Los hombres me miraron horrorizados, pero no se atrevieron a contradecirme. Poco a poco volví a entrar en razón. Al principio no pude entender lo que había hecho. Respiraba con dificultad, lo recuerdo muy bien. Sentía como si tuviera una garra de hierro agarrándome por el cuello. Me hubiera encantado salir de allí gritando, pero no quise mostrar ninguna debilidad frente a mis hombres, ¿lo entiendes? Pero, de alguna manera, todo se derrumbó dentro de mí, y solo me quedó una terrible sensación de vacío, que me acompañó durante muchos años.

Sí, así empezó la historia de nuestra ciudad, que siglos después gobernaría medio mundo: con un triste fratricidio. Lo lamenté profundamente y aquí en el inframundo le pedí perdón a Remo mil veces. Pero no podía deshacer mi horrible acto. Hubiera dado cualquier cosa por ello: ¡era mi hermano, mi único hermano!



Ahora, Remo me ha perdonado y nos hemos prometido no volver a pelearnos nunca más (siendo sombras, tampoco es tan fácil pelearse). Y si alguna vez flaqueamos, lo que sucede de vez en cuando, entonces Plutón, el rey del inframundo, se planta allí rápidamente para regañarnos. Entonces los dos ponemos cara de arrepentidos y le prometemos que esto nunca volverá a suceder. ¡Definitivamente no!

LA VERDADERA FUNDACIÓN DE ROMA



Mucho antes de que se fundara Roma, había pequeñas aldeas sobre las colinas al este del río Tíber. Desde allí, se podría detectar rápidamente a los atacantes y protegerse de ellos.

DATOS IMPORTANTES
7 - 5 - 3
Roma sale del cascarón

Hola



En el siglo VI a. C., un etrusco llamado Romulio reunió a estas aldeas para formar la ciudad de Roma.

LA FAMOSA LEYENDA

La historia de los hermanos Rómulo y Remo es, por supuesto, mucho más emocionante:


Dios de la guerra
nacidos como hijos del dios Marte, dios de la guerra


abandonados en una cesta en el río Tíber,


la recuperación del trono del rey Amulio


y finalmente el legendario fratricidio del año 753 a. C.



Pero la más conocida es probablemente la leyenda sobre la loba que los encontró y los amamantó. Su figura de bronce de tamaño natural se encuentra ahora en un museo del Capitolio y se puede ver por todas partes en Roma: en columnas, sombreros, camisetas y menús y, y, y...